



Artículo: Elogio a la arqueología [Reimpreso]
Autor(es): Bernal y García Pimentel, Ignacio;*CA1238244
Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM
Número: 71
Año: 2004
ISSN edición impresa: 0187-182X
ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Bernal y García Pimentel, Ignacio;*CA1238244. "Elogio a la arqueología [Reimpreso]" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 71 (2004): p. 18-29. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3628>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ REIMPRESOS

Elogio a la arqueología*

Ignacio Bernal y García Pimentel

Advertencia

El trabajo que a continuación se reproduce es el discurso de ingreso del doctor Ignacio Bernal a la Academia Mexicana de la Historia. En unas páginas llenas de un genuino espíritu humanista, el connotado investigador aborda la relación entre la historia y la arqueología sugiriendo interesantes nexos y aportes entre ambas disciplinas.

El texto, que se tomó de la publicación que hizo la Academia de la Historia, presenta diversos problemas, como frases inconclusas, algunas omisiones y otros detalles, que en ocasiones vuelven confusa la lectura; quizá se trate de la transcripción del discurso de Bernal. En todo caso parece claro que él no revisó el trabajo. Si bien en esta reimpresión se ha respetado en lo general el texto, para subsanar en alguna medida estos problemas también se han corregido los errores más evidentes y se han cotejado las citas textuales de algunos autores.

Miguel Patrana

Para mi discurso de ingreso a la Academia he escogido el tema de elogio a la arqueología.

Es difícil decir cuándo empezó el interés por las cosas antiguas. Se podría sostener que Herodoto fue un arqueólogo o que lo fueron los conquistadores romanos que saquearon y admiraron Egipto y Grecia. Más posible es que la arqueología arranque de los célebres anticuarios del Renacimiento, ávidos coleccionistas de mármoles griegos y en general redescubridores del mundo clásico. Más probable aún es hacerla comenzar con Juan Joaquín Winckelmann que, aunque dedicado también al arte antiguo, ya ve las cosas dentro de su contexto histórico. Sin embargo, su principio más bien coincide con los adelantos de la técnica de campo, a partir de los descubrimientos

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia, pronunciado el 29 de abril de 1963. Publicado en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, v. XXII, n. 2, abril-junio de 1963, p. 113-134. La respuesta estuvo a cargo de Alfonso Caso.

sensacionales de Boucher de Perthes y sobre todo desde las primeras exploraciones estratigráficas de Pitt Rivers y de la serie de estudiosos que trabajaron en el último cuarto de siglo pasado. Esto quiere decir que la arqueología es joven. Entre otras cosas así se explica la actitud que hacia ella ha tenido y aún a veces tiene el público. En el siglo XIX veía al arqueólogo como una especie de loco desmelenado, vacío de conocimientos pero lleno de fantasía, descubridor de tesoros antiguos a base de inspiración poética. Su fin era a veces comercial pero más frecuentemente lo movía la pasión, esa pasión que celebra Erasmo en su *Elogio de la locura*. En tono ligero me he permitido recordar tan célebre libro con el título de este discurso. No que haya comparación posible entre mi trabajo y el del humanista famoso cuya influencia llega hasta México; sólo se parecen en que ninguno de los dos nos referimos a la demencia que claramente distingue Erasmo de locura, para él sinónimo de pasión, como lo es aquella “locura de la cruz” que cantó Verlaine; y es que, al lado de la razón, el entusiasmo, la pasión, la imaginación, necesitan formar [parte] del equipo del arqueólogo. ¡Aléjese de sus caminos el que no sienta ese impulso vital!

En nuestra época quedan cuando menos dos conceptos acerca de lo que se supone ser la arqueología. Los mencionaré brevemente para pasar al tema que debe ocuparnos.

Muchos creen que la arqueología consiste en exploraciones de campo y en algunas técnicas de laboratorio; para ellos el arqueólogo ya no es el de la novela del siglo pasado, sino que viste ahora casco y botas, y en los países nórdicos usa *shorts* en el verano y fuma una pipa. Lleva, como los turistas, cámaras abundantes y en múltiples bolsas coloca punzones y brochas, lápices y pinceles. Es un descubridor de ciudades o tumbas que camina intrépido por selvas y desiertos. Así los grandes momentos de la arqueología, en libros banales de divulgación, se reducen al encuentro de las joyas de Troya y de Micenas por Schliemann o a los despojos de Egipto por Belzoni, y de Persia por Botta.

Piensan por tanto que una venturosa temporada de campo, una sencilla clasificación de los materiales recogidos y el arqueólogo, ha terminado. En consecuencia la arqueología es un estudio fácil: con poco esfuerzo se puede hacer una aportación útil, que con suerte será sensacional. Hasta cierto punto esto es verdadero pero es altamente falaz, ya que el simple objeto no es arqueología como el simple documento no hace historia. Es cierto que la arqueología por la misma limitación de sus hallazgos corre menos riesgo que la historia de perderse en el detalle y tiene más facilidad a la comparación que lleva a la visión universal, ya que son pocos los materiales, y generalmente de la misma índole, los que se conservan en casi todas partes.

Otros, demasiado pragmáticos, piensan que el arqueólogo debe llenar vitrinas de museos, ayudar a los coleccionistas a distinguir lo falso de lo verdadero, atraer turistas y servirles de guía presentando vastos espectáculos de

ciudades reconstruidas o dar base a algunos de los discursos en los cuales la arqueología como la historia son reducidas al nivel de una política, para elaborar teorías nacionalistas o pensar en ingenuos retornos a glorias pasadas.

Estos fines prácticos tienen a veces su utilidad pero no son valores permanentes. No que la arqueología vaya a ser esotérica y encerrada; debe abrirse al público para integrar la cultura y vivir su vida contemporánea que es, como veremos, la única que tiene. Afirma bien Shotwell, al hablar de Flavio Josefo y de Polibio, que "la mera posesión de un pasado vigoroso es de menos valor que un auditorio crítico".¹ Además "es imposible decidir de antemano si las investigaciones al parecer más desinteresadas no se revelarán un día sorprendentemente útiles en la práctica".²

No voy a ocuparme hoy ni de estos aspectos populares ni de las técnicas de campo ni de la aplicación práctica que pudieran tener, ya que pienso que la arqueología es mucho más. Voy a dedicarme a considerarla como una ciencia histórica, más reciente que otras pero no por ello menos importante. Si ella hablara podría decir, parafraseando la pasión de Erasmo, "Es poco demostrarles que de mí tenéis el principio y el comienzo de la vida; voy a enseñaros ahora cuántas ventajas, cuántos agrados de esta vida son tantos regalos que debéis a mi beneficencia".³

La antropología está basada en el concepto del estudio total del hombre incluyendo su desarrollo como animal, es decir, partiendo del evolucionismo físico o natural y continuándolo con el evolucionismo histórico o cultural. Este criterio no es enteramente nuevo y lo vemos expresado ya en el siglo XVIII pero sobre bases más filosóficas que científicas.

Los grandes teorizantes creadores de la antropología fueron casi necesariamente antihistoricistas, ya que eran sobre todo evolucionistas y al llevar la evolución natural al campo de la cultura humana tuvieron que alejarse de la unicidad aparente de la historia. Así la naciente antropología de fines del siglo XIX al incluir dentro de ella a la arqueología casi olvidó que, a diferencia de la antropología física, la arqueología no es una ciencia natural sino lo que algunos han considerado como el preludio de la historia, una ciencia cultural. Por esto la tendencia que cada día acerca más a la antropología física a la medicina, la anatomía o la osteología, la aleja de la arqueología y, en este sentido, sólo por tradición se les agrupa juntas. En cambio el evolucionismo, sobre todo el que sigue los lineamientos señalados por un Teilhard de Chardin, se vuelve física, biología o culturología y entonces forma realmente no el preludio, sino el marco total de la historia universal. Visto así el evolucionismo tiene de nuevo estrechas conexiones con la arqueología y ambas cien-

¹ Shotwell, 1940, p. 175.

² Bloch, 1949, v. 3, p. XII.

³ Erasmo, 1959, p. 16.

cias toman su lugar en esa grave pero fundamental definición de antropología como ciencia del hombre y de su cultura.

Por ahora, me parece que el valor incomparable de la antropología consiste en la introducción de la etnología (en el sentido europeo) dentro de la historia, lo que casi equivale a que por primera vez la historia se ha vuelto mundial en vez de sólo ocuparse de las altas civilizaciones.

La arqueología como parte de la antropología, según se entiende la palabra en América, podría por tanto discutirse dentro del contexto de esta ciencia y así se ha hecho en general. Pero para mí la arqueología está más íntimamente conectada con la historia, aunque no como preludio a ella sino como parte integrante de ella. No sé si sea irreverente hacia Clío el suponer que una musa tuvo hijos; de ser así, uno de ellos sería la arqueología. En ésta incluyo lo que a veces se llama prehistoria, que me parece una división sin sentido, a lo menos como se usa en nuestro continente, considerándola sinónimo de precerámico o de más antiguo que lo antiguo. La arqueología no se ocupa solamente de los pueblos primitivos sino también de los civilizados. Para ella tiene sólo relativa importancia que se trate de culturas letradas o de aquellas "sin historia", es decir sin documentos escritos. Aparte de la arbitrariedad de esa división que no deja sitio para los pueblos semiletrados, no parece ser una separación particularmente útil ya que precisamente el arqueólogo les está dando esa historia de que carecían.

Por ello vengo ante la Academia Mexicana de la Historia a discutir la arqueología dentro del ámbito de la historia.

La inmensa mayoría de los arqueólogos admite⁴ que la arqueología es parte de la historia pero no siempre la entienden como los historiadores. Pienzan que su misión es "recrear el pasado". La tan repetida frase de Kroeber "la historia no puede relatar lo que realmente sucedió en la totalidad del pasado, porque ello tomaría tanto tiempo como los acontecimientos mismos",⁵ no es exacta si entendemos por historia algo más que una especie de crónica sofisticada.

ἱστορ testigo para los griegos, ἱστορία es etimológicamente "aquello que puede saberse preguntando", y ésta es la acepción en que uso la palabra. No me referiré para nada a historia en el sentido de "lo acaecido de los acontecimientos del pasado" sino al estudio e interpretación de ellos. Igualmente por arqueología sólo entiendo el descubrimiento y estudio científico y la interpretación de los objetos materiales del pasado, no el pasado mismo.

El problema que me ocupa no es el de colocar la arqueología en el campo de la historia, lo que no presenta dificultad, sino el de proponer que la arqueología es historia con la sola diferencia de las técnicas utilizadas y los datos en

⁴ Taylor, 1948, p. 26.

⁵ Kroeber, 1935.

bruto que esas mismas técnicas producen. Mientras el arqueólogo encuentra sus materiales en el campo y recoge objetos, el historiador los halla en el archivo y recoge documentos. Esta diferencia es muy importante pero se refiere a etapas en la investigación que podríamos llamar prearqueológicas o prehistóricas; en efecto, todavía no se trata de arqueología ni de historia, sino de trabajos que, aunque importantísimos, sólo son preparatorios.

Así, me gustaría aplicar a la arqueología la definición que de historia da Huizinga: "es la forma espiritual en que una cultura se rinde cuentas de su pasado".⁶

Como lo hace notar ese autor, con la expresión "forma espiritual" se elimina el problema secundario, pero molesto, de las dos afinidades que tienen las ciencias históricas, por una parte con la ciencia y por otra con el arte, es decir, con la investigación y la forma literaria de escribir los resultados de esa investigación. Sobre todo, deseo destacar el hecho de que la arqueología es una construcción mental a la que los objetos materiales sólo dan su base científica, sin que estos objetos en sí sean arqueología. No se trata de la simple sombra reflejada en los muros de la caverna de Platón sino de la interpretación basada en los datos concretos que da la excavación pero al fin y al cabo interpretación que muchas veces no pasa de ser una hipótesis debidamente fundada en los hechos materiales. Muy importante es la limitación a "su cultura", ya que el arqueólogo las más de las veces estudia otra cultura inconexa con la suya o sólo parcialmente relacionada. Entonces la referencia a *su* cultura no parece caber. Creo que esto es sólo aparente ya que hoy en día, y he de volver sobre ello, todas las culturas conocidas, presentes o pasadas, tienen en el arqueólogo una relación directa y por tanto en muchos modos son una y por tanto *su* [cultura]. Pero sobre todo indica el aspecto necesariamente subjetivo de la arqueología que será diferente según la cultura que la haga, no porque los objetos recobrados sean diferentes, sino porque los intereses del investigador y sus postulados son diferentes, ya que la arqueología la hace el arqueólogo, no los pueblos pasados.

No sólo me refiero al aspecto obvio de que idénticos materiales pueden llevar a distintas conclusiones según la forma en que se estudien, sino a los problemas que el arqueólogo desea investigar. Es aquí donde radica el porqué cada generación tendrá que rehacer su arqueología como cada generación tendrá que rehacer su historia. Nunca podremos pensar igual que en otra época, ya que nuestro mundo, nuestro punto de partida, es otro y por consecuencia nuestros problemas son también otros y necesariamente reflejamos las preocupaciones de nuestro tiempo. Así ha dicho Croce: "toda verdadera historia es historia contemporánea".⁷ Para el historiador esto es una

⁶ Huizinga, 1946, p. 95.

⁷ Croce, 1942.

banalidad; para el arqueólogo aún no lo es porque su ciencia sólo empieza a observar no sólo cómo cada dato nuevo cambia la interpretación de lo anteriormente conocido sino cambia la visión total, como sucede con una pintura con sólo alterar uno de los colores.

Todos esos conocimientos que no son realmente arqueología como fue, sino como la vemos, como nos afecta, condicionan nuestro presente inexistente. Cada vez que el arqueólogo va más lejos en el estudio de una cultura conocida o desentierra otra nueva en cualquier parte del mundo transforma necesariamente, y para siempre, no sólo el conocimiento de esa cultura, lo que podría ser sólo un detalle, sino la historia, ya que ese conocimiento va a afectar el pensamiento de los estudiosos que vengan en cualquier momento futuro aunque sólo se ocupen de aspectos aparentemente lejanos.

Y es que así como Goya no sabía que su futuro sería el impresionismo, los teotihuacanos no sabían que su futuro se llamaría Tula; pero nosotros sí lo sabemos y por ello nuestra visión de Goya o de Teotihuacan tiene que ser diferente de la que pudo tener cualquier contemporáneo de ellos que no podía saber su significado posterior y tenía que verlos con ojos distintos de los nuestros.

Contrariamente a lo que parece a primera vista, la materia de la arqueología no está dada de por sí. Existen los objetos o los monumentos pero son mudos, nada significan, mientras sus implicaciones no sean elaboradas con cuidado. El historiador

tiene que rebuscar y concretar, tamizar y ordenar el material de los hechos, para "llegar a conocer" la materia prima de sus actividades. [...] La visión histórica no es el resultado de un proceso que siga siempre a la elaboración de la materia prima previamente acumulada, sino una operación que va realizándose ya continuamente durante el mismo trabajo de sondeo y excavación, pues la ciencia, en el individuo, no se realiza en la síntesis, sino ya en el análisis. [...] Para poder abordar el análisis, tiene que existir en el espíritu, de antemano, una cierta síntesis. [...] Y aquí es donde reside precisamente el mal. No pocas veces el historiador se lanza a buscar la materia sin un buen planteamiento previo del problema que le preocupa. Y así, descubre materiales que a nadie interesan.⁸

Este párrafo de Huizinga parece escrito para el arqueólogo.

No es por el descubrimiento en sí sino por el uso que de él se hace como se logra verdadera arqueología. Al igual que no pensamos que Herodoto o Tácito, o aun Ranke, sean célebres porque usaron documentos, no pensamos que la gloria del arqueólogo radique en encontrar monumentos (por indispensable que esto sea) sino en saber convertirlos en arqueología, es decir en historia. El simple interés en las antigüedades fácilmente degenera en

⁸ Huizinga, *op. cit.*, p. 19.

curiosidad, en preciosismo o en acopio de datos irrelevantes al igual que la historia puede convertirse en sólo estilo literario o colección de detalles sin significación para nadie. La mejor exploración deja de tener sentido si no es una respuesta a las preguntas científicamente válidas que se le dirigen.

El pasado sólo puede convertirse en arqueología en la medida en que llegue a comprenderse. El que un hecho o un objeto pertenezcan al pasado no los hace arqueológicos; serían sólo arqueográficos. Éste es el punto de vista de un coleccionista interesado en las piezas como tales. Aun aspectos más avanzados, como la construcción erudita de tipologías cerámicas, sólo son comparables a la paleografía de un documento pero todavía no van más allá. Los hechos históricos y los objetos arqueológicos no existen realmente en cuanto ya no son parte de un proceso y han “perdido el nombre de acción”, mientras no tengan sentido cultural ni contenido humano que los haga parte viviente de una civilización.

Como dice Wheeler, “el arqueólogo no escarba cosas sino gentes”, de donde concluye que por muy importantes que sean las labores de campo no puede pretenderse que la pala sea más poderosa que la pluma.⁹

El pasado sin determinación alguna no es más que el caos. Así la materia arqueológica requiere ser determinada conceptualmente con mayor precisión. Pero el pasado es delimitado en cada caso concreto por el tipo de sujeto que trata de entenderlo. Cada cultura tiene *su pasado*. No en el sentido de que este pasado deba aparecer circunscrito por las vicisitudes del grupo exponente de esa cultura, sino en el sentido de que el pasado sólo se vuelve arqueología para él en la medida en que lo entiende.

También por esto la arqueología o la historia están cambiando todo el tiempo, aún en los casos en que no hay nuevos documentos. A veces sabemos más de la historia y la entendemos mejor que personajes cercanos a ella. Cleopatra no hubiera podido informarnos tanto sobre la larga cadena de los faraones, sus predecesores, como lo puede hacer un egiptólogo y Moctezuma sólo podría habernos contado algunas leyendas míticas sobre la cultura teotihuacana.

En efecto, la arqueología parece ser muy moderna. Por ello dice Woolley que “el verdadero interés de los objetos arqueológicos consiste en el hecho de que son nuevos”.¹⁰ Nos dan una nueva dimensión cultural dinámica, ya que entre todos ellos tenemos no la secuencia local o temporalmente limitada que puede darnos la historia, sino la cultura humana universal. Sabemos que en muchos casos las culturas o civilizaciones antiguas ni siquiera se conocieron; luego no tienen nada que ver unas con otras; luego podemos suponer que no hay arqueología universal o que no hay historia universal. Esto

⁹ Wheeler, 1956, p. 13.

¹⁰ Woolley, 1950, p. 13.

no es exacto porque en cuanto las conocemos esas culturas se incorporan a la nuestra y en diferentes modos, grados y formas la condicionan y se agrupan a una civilización moderna universal. “La naturaleza de la cultura lleva consigo el que todo aquello que su espíritu comprenda se convierte en parte de ella misma.”¹¹

Como dice Li Chi en relación con la arqueología sínica: “La misión más importante del arqueólogo es contestar una serie de nuevas preguntas concebidas a la luz de la ciencia moderna pero sólo vagamente visualizadas por historiadores de generaciones pasadas [...] como la referente a la naturaleza y crecimiento de la civilización China”.¹²

Según van cambiando los temas “de moda” se establece un “*consensus omnium*” válido, no sólo para los arqueólogos sino para toda la ciencia contemporánea en formas muy difíciles de entender. Siempre hay algunos temas que preocupan “*in actu*” a algunos arqueólogos, en potencia a todos.

En las otras ciencias sucede lo mismo, pero siendo la arqueología una de las más inexactas sigue ese curso en forma menos previsible haciendo, sin embargo, “avanzar las fronteras del conocimiento por ese pasado en apariencia impenetrable”.¹³ “Los historiadores del antiguo Egipto y Babilonia no son los antiguos egipcios ni los babilonios, sino los modernos arqueólogos. Su hazaña, una de las más grandes en toda la historia de la ciencia, de ensamblar los anales de centurias, que con frecuencia nos dejaron un recuerdo consciente de sí mismas, ha oscurecido la pobreza de las fuentes en que se basa la historia de las civilizaciones más primitivas.”¹⁴

Ya que la arqueología, como he tratado de hacer ver, es en mi concepto una forma espiritual y no los objetos y los monumentos mismos, al igual que la historia no es los acontecimientos sino el conocimiento de ellos, y por otro lado la arqueología es tan moderna, no resulta incomprensible decir que es el más reciente capítulo de la historia, de hecho un capítulo que apenas empieza a escribirse. La arqueología, al haber entrado sólo hace poco en nuestra formación mental, al haber proporcionado a nuestro mundo una nueva visión mucho más amplia de lo que ha sido y por tanto de lo que es, al haber dilatado sus confines mucho más allá de la historia escrita, nos obliga a pensar en nosotros mismos y en los mundos que nos ha creado en términos diferentes de lo que pudo hacerse antes. Ésta es, claro, su aportación fundamental.

Pero aún hay otras de las que sólo mencionaré algunas: nuevo concepto del tiempo, de la perspectiva histórica, del arte.

Entre las muchas cosas que han cambiado en los últimos cien años está en lugar preponderante el concepto del tiempo, el tiempo como factor esen-

¹¹ Huizinga, *op. cit.*, p. 94.

¹² Li Chi, 1957, p. 5.

¹³ Shotwell, *op. cit.*, p. 50.

¹⁴ *Ibidem*, p. 89.

cial en nuestra psicología, no el tiempo “científico”. En este sentido la arqueología ha dado una aportación esencial al pensar moderno, demostrando que las épocas tienen distinto tiempo, no en el sentido estricto de que cada hora siempre tiene 60 minutos sino en el sentido de su aprovechamiento. Entre mejor lo usamos, porque somos más viejos, más corto nos parece el tiempo aunque sea igual en realidad al que de jóvenes nos pareció más largo porque lo utilizamos menos bien. A las culturas humanas les pasa lo mismo; mientras ahora 20 años introducen tremendos cambios en nuestro mundo, un milenio no fue nada para el paleolítico. La arqueología nos ha dado una nueva impresión del tiempo “cultural”, “nuestro tiempo”, el tiempo humano a diferencia del tiempo astronómico.

Nuestro pasado ya no cabe en la cronología bíblica ni en los 4004 años del obispo Ussher, sino que se ha aumentado a cientos de miles, en tal forma que la historia escrita ocupa menos del 2% de la vida de la humanidad.

Como han dicho Bergson y más recientemente Teilhard, es el tiempo el más grande descubrimiento de la ciencia contemporánea como elemento constitutivo de todas las cosas. No diferimos tanto de nuestros antepasados porque conocemos más cosas sino porque hemos descubierto el tiempo y así hemos aprendido a ver todas las cosas en una perspectiva más amplia.¹⁵

Esto nos lleva al tema de la nueva perspectiva histórica.

Los occidentales hemos por fin entendido que somos una civilización, no la civilización, así como que el propio fenómeno de civilización es sumamente reciente en relación con el total de la vida del hombre en este planeta, cada vez más estrecho de anchura y cada vez más hondo en profundidad.

Nos asombramos ante los adelantos técnicos de nuestra época; nos preocupamos ante su frecuente indiferencia humanística o social. El estudio de las civilizaciones desaparecidas cuyos restos existen aún en grandes partes de nuestro planeta puede decirnos mucho sobre nuestras inquietudes. Ellos también tuvieron problemas similares y nuestro conocimiento de los errores que hayan cometido al tratar de resolverlos puede impedir que caigamos en ellos y nuestro fin sea tan trágico como fue el suyo. La arqueología nos muestra que no sólo nosotros sino también esos lejanos antepasados tuvieron sus momentos gloriosos en que lograron inventos tan sensacionales como los de nuestro tiempo. La agricultura y la domesticación de animales, la metalurgia y todas las artes, el lenguaje mismo y cuantas cosas más debemos a pueblos que a veces vanidosamente conside[ramos antiguos].*

Finalmente así como Huizinga¹⁶ piensa que “nuestra historia es por primera vez una historia universal”, Malraux ha insistido en que por primera

¹⁵ Sildiers, 1960, p. 26.

* Oración inconclusa en el original. La reconstrucción entre corchetes es una conjetura del editor, fundada en el sentido del texto.

¹⁶ Huizinga, *op. cit.*, p. 95.

vez la humanidad ha descubierto un idioma universal del arte. No es sólo que se pretenda que al arte o a la historia occidental se hayan sumado todos los demás sino fundamentalmente al hecho de que podemos conocerlos, de que para el público culto y no sólo para unos cuantos especialistas, China y México, Egipto y el Perú, la India y el África negra son libros cuando menos entreabiertos. Ya no juzgamos con un canon único ni apreciamos sólo una herencia estética. Podemos admirar igualmente a Mona Lisa o a Coatlicue, a Nefertiti o a Venus. Las épocas de descubrimiento primero, y la facilidad de transporte y reproducción, han permitido conocer las artes contemporáneas. Pero ¿quién más que la arqueología ha contribuido a que se conozcan las artes antiguas; ella que ha escarbado la tierra fecunda o ha sacado de la inconciencia en que yacían perdidos en bodegas de museos los monumentos de todas las culturas pasadas? Nos ha enseñado a Sumer y a Babilonia, a Memphis y a Tebas, a Delphos y a Micenas, a Palenque y a Monte Albán. El arte etrusco y el maya, el de Benín y el de Anyang pueden por primera vez contemplarse unos a otros maravillados del talento de los hombres y maravillarnos a nosotros, los herederos de todos ellos.

Cuando Bertrand Russell menciona¹⁷ el efecto que la ciencia ha tenido sobre la posición del hombre en el Universo, piensa que por un lado lo ha degradado pero por otro lo ha exaltado aún más. Así la arqueología por un lado ha mostrado lo pequeño del instante que a cada hombre toca vivir en relación con lo largo de la cadena que lo une con su más remoto antepasado sobre la tierra, pero por otro lado le muestra todos los días más claramente el inmenso camino que ha recorrido desde sus humildísimos principios, la unicidad del espíritu humano con sus enormes posibilidades de variación y adaptación y las facultades que nuestro pasado indica que podemos aumentar. "Nuestro gran asunto siendo el de vivir, toda ciencia debe ayudarnos a ello y con este punto de vista no se debería ser negligente de aquella que nos aprende como, antes de nosotros, tantos hombres han vivido sobre la tierra."¹⁸

Todo lo que he dicho antes no sólo se aplica a México sino que en un país como el nuestro se multiplica en importancia. No sólo la arqueología nos está revelando la mitad de nosotros mismos sino la mayor parte de nuestro pasado. ¿Qué son cuatro siglos de historia en relación con diez milenios? Si lográramos entender nuestra raíz indígena como entendemos nuestra raíz española, comprenderíamos en condiciones mucho más fructíferas a nuestro país que no es sino la combinación de las dos estirpes.

Pero sobre todo la arqueología en México es un campo único desde el punto de vista de la investigación científica. Creo que no se ha, por lo general, visto con bastante claridad este aspecto. En la mayoría de las ciencias el

¹⁷ Russell, 1951, p. 85.

¹⁸ Bloch, *op. cit.*, p. XIII.

investigador mexicano, que a veces ha realizado milagros, está muy limitado por la escasez necesaria, por ahora y por mucho tiempo, de las bases indispensables. No es probable que en un largo periodo cuente con los laboratorios, las bibliotecas, los recursos inmensos necesarios para adelantarse en aquellos campos de investigación ocupados por los países ricos que tienen todas esas posibilidades. El arqueólogo en cambio casi no necesita de ello y además tiene reservas maravillosas que apenas está empezando a explorar. Puede perfectamente, y debe, con los recursos actuales estar a la altura de los mejores de sus colegas del mundo. Se requiere, claro, el apoyo, el aliento que le brinde su sociedad y que ésta no podrá negarle, si se da cuenta de que aquí está uno de los campos más fértiles y evidentes en los que México debe destacar.

Como todo arqueólogo me intereso en tumbas; más aún habiéndome dedicado a Oaxaca, donde son fuente inagotable. Pero no sólo allí sino en todas partes los hombres se han esforzado para preservar más allá de la muerte el recuerdo del ser querido, admirado o temido. Desde el pobre agujero en la tierra hasta las masas aplastantes que erigían los faraones tenemos toda la gama imaginable. Así he visitado con emoción o con interés cuantas me ha sido posible, aunque ya no se trate de explorarlas: tumbas románticas como la de Julieta, tumbas dudosas como las varias que tiene Colón; tumbas de personajes notables, austeras y solas como la del Cid bajo el piso de la catedral de Burgos, o suma de todo un mundo como la del Emperador que aún domina París desde Los Inválidos, o tumbas extraordinariamente bellas como las de los Reyes Católicos en la catedral de Granada; panteones donde una nación ha reunido a sus más ilustres hijos: Westminster Abbey y Santa Croce de Florencia, o cementerios reales que son prodigios de arte, como Saint Denis, o de cristiana humildad, como los Capuchinos de Viena. En algunos, grandes genios han dejado sus obras: Moisés que se venga aplastando a Julio II o unos Médicis sólo recordados por las estatuas incomparables que les donara Miguel Ángel. Hay además aquellos camposantos donde, entre numerosos nombres que ya nada dicen, yacen personajes cuyo recuerdo nos entusiasma. A veces llevan una inscripción conmovedora o profunda. En ninguna parte como en México podría aplicarse con tanta verdad la paráfrasis de la línea escrita sobre la tumba de Michelet: "La arqueología es una resurrección".

BIBLIOGRAFÍA

BLOCH, Marc

1949 *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, Paris, Colin.

CROCE, Benedetto

1942 *La historia como hazaña de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica.

-
- ERASME, Didier
1959 *Eloge de la folie*, Paris, Max Leclerc.
- HOURS, Joseph
1960 *Valeur de l'histoire*, Paris, Presses Universitaires de France.
- HUIZINGA, Johan
1946 *El concepto de la historia y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- KROEBER, A. L.
1935 "History and science in anthropology", *American Anthropologist*, 35:539-569.
- LI, Chi
1957 *The beginnings of Chinese civilization*, Seattle.
- RUSSELL, Bertrand
1951 *The impact of science on society*, New York.
- SHOTWELL, J. T.
1951 *Historia de la historia en el mundo antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- TAYLOR, Walter W.
1948 "A study of archaeology", *American Anthropologist*, v. 50, n. 3, part 2.
- WHEELER, Sir Mortimer
1956 *Archaeology from the Earth*, Pelican.
- Wilders, N. M.
1960 *Teilhard de Chardin*, Paris, Éditions Universitaires.
- WOOLLEY, Sir Leonard
1950 *Digging up the past*, Pelican. □

